

lomagnó hizo recoger *cantos muy antiguos* de los alemanes, que celebraban á los héroes antiguos, pero no queda nada de ellos. Se hace mención solamente de las baladas, que varios siglos después se cantaban aun por los sajones y los bávaros, sobre el lombardo Alboino, sobre la traición de Hatto y el heroísmo de Banno.

Los Niebelungos.—Estas tradiciones y otras semejantes dieron nacimiento á poemas de los cuales el más célebre es el de los *Niebelungos*, dividido en treinta y nueve aventuras, y escrito en estrofas yámbicas y trocaicas de cuatro versos rimados de dos en dos alternadamente. Nadie conocía este poema hace cien años, y en el día forma la gloria de los alemanes y el objeto de sus estudios, como el más eminente entre los poemas caballerescos modernos. El asunto está sacado del Edda y de la historia. Se lee en la primera que viajando por la tierra los dioses Odín, Anner y Lok, llegaron á la cascada donde habitaba el enano Andvaro, y viendo allí una serpiente que devoraba un pescado, le dieron muerte. Como descansasen, durante la noche, cerca de Ardmaro, este descubre que la serpiente muerta por ellos, era Oturo, su hijo, que había tomado aquella forma. Detuvo, pues, á los dioses prisioneros, hasta que por premio de la sangre vertida, hubiesen cubierto con oro la piel de la inmolada serpiente. Con objeto de procurárselo, Lok se va á la pesca, y coge en su red á Andvaro cambiado en pez, y le obliga á cederle su tesoro. Resígnase á ello el enano, rogándole solamente le deje su anillo, con cuya ayuda pueda recoger otro tanto. Niégase Lok; entonces el enano maldice el anillo, y á todo el que lo posea. El fatal anillo corresponde con el resto del tesoro á los Niebelungos, que pronto se indisponen por la partición. Tafner, otro hijo de Ardmaro, da muerte á este último y traslada á la campiña de Geitna, en Wesfalia, sus riquezas, que guarda bajo la forma de un dragón. Su hermano Rigin, hábil en el arte de trabajar el hierro, piensa en recobrarlas. Ha criado para este efecto á Sigfrido, de la raza de los Valsungos; y poniéndose á buscar en su compañía á su hermano, le encuentra y hace darle muerte. Fingiendo después aflicción, le obliga á freir el corazón del dragón. Una gota de grasa quemada la mano de Sigfrido, quien la lleva á sus labios para apaciguar el dolor, y al momento nota que comprende el lenguaje de las aves. Instruido por dos golondrinas que el pérfido Rigin quiere también desembarazarse de él, se le anticipa, y Rigin antes de espirar renueva la imprecación del enano contra el tesoro; pero Sigfrido se apodera de él y va en busca de aventuras. Llega á Franconia, cerca de un castillo fuerte rodeado de llamas, donde se encuentra encerrada Brunilda, hija del rey Atlo, durmiendo armada de punta en blanco en un magnífico lecho; el que aspira á poseerla debe precipitarse en las llamas. No titubea Sigfrido, y destruye el encanto que embargaba á la doncella. Ella le refiere que nacida walkiria, ha sido

castigada de aquella manera por Odin, por haber dado la victoria á quien él no quería. Ella le enseña la ciencia rítmica y en cambio él le pone en el dedo el anillo encantado. Habiendo dejado Sigfrido á Brunilda para correr tras nuevas aventuras, llega en Borgoña á la corte de Guntaro, cuya hermana Gudruna se enamora de él, le hace por medio de un filtro, olvidar á Brunilda, y darle su mano. En este estado, Guntaro, que ha oído hablar de Brunilda, quiere hacerla su mujer; vá, pues, acompañado de su hermano Agen y de Sigfrido al castillo abrasado; pero como él no se atreve á arrojar á las llamas, Sigfrido, á quien un encantador da las formas de Guntaro, atraviesa y saca á Brunilda. Conducida á Borgoña se casa con Guntaro sin reconocer nunca á Sigfrido, ni ser reconocida ella misma. Pero en una cuestión Gudruna revela á Brunilda el artificio, quien jura vengarse. Incita á Agen á dar muerte á Sigfrido que en el momento de espirar se acuerda de Brunilda, y ésta desesperada se arroja en la pira de aquél.

Tal es la base de los Niebelungos. En el poema, Sigfrido, príncipe de los Países Bajos, es conducido á la corte de Borgoña por el deseo de casarse con Crimilda. Vence por su amor á los sajones y daneses; ayuda además á Gundecaro, hermano de esta princesa, á obtener con difíciles hazañas á Brunilda, reina de Irlanda; en recompensa pide y obtiene la mano de Crimilda. La felicidad de que ambas princesas habían gozado por espacio de diez años, acabó en el momento en que Brunilda sabe de la otra que sólo por el valor de Sigfrido es como ella ha sido obtenida. No respira más que venganza; y en unión con su marido, prepara una traición que da por resultado hacer asesinar á Sigfrido por Agen de Tronek. Crimilda le tributa solemnes exequias y jura vengarle. Con objeto de conseguirlo se decide á casarse con Atila, el azote de Dios (35), que figura como personaje heróico,

(35) Atila es el héroe de otros poemas. Fischer publicó uno en latín en 1780, que creía del siglo VI, y otros del VIII, el cual excepto el nombre es todo novelesco. Existe uno en francés en Módena, que ha sido publicado en italiano por Rossi, Ferrara, 1768. Véase WEBER.—*Illustrations of Northern Antiquities*, 1844. En el *Cronicon Novaliciense*, publicado por Muratori, se leen fragmentos de un poema sobre las hazañas de Walter de Aquitania. Habiéndose originado una disputa por la sucesión á la Baviera, se sacó de un monasterio bávaro un manuscrito del siglo XIII, que fué remitido al hijo del docto Mosheim, el cual halló que contenía, además de otras cosas, el poema de *Waltharius*, al que le falta el final. Así lo publicó Fischer en Leipzig en 1780, con una disertación erudita, que sin embargo no corregía siempre las faltas del texto; doce años después imprimió el final, descubierto en Carlsruhe por Federico Molter, que había traducido aquel poema latino con el título de *Prinz Walther von Aquitanien* (Carlsruhe, 1792). Ignacio Fessler sacó de él su novela histórica, *Attila, König von Hunnen*, en sus *Gemälde aus den alten Zeiten der Hungarn* (Breslau, 1806, 4 tom.) J. Grimm dió mas ade-

pero en un papel secundario. A instigación de la dama envía dos ministriles á invitar á Gundecaro y sus hermanos á acudir á su lado. En vano se oponen la prudencia y los augures á que emprendan el viaje, y llegan á Hungría con Agen para ser testigos de la felicidad de su hermana y contemplar la magnificencia de su cuñado. Suscítase una cuestión en un torneo entre los hunos y los borgoñones. Terminase la fiesta con una sangrienta lucha, y Crimilda incita á los guerreros á la matanza. Pero los borgoñones hacen una vigorosa defensa, y siembran la muerte entre los hunos, hasta el momento en que Crimilda prende fuego á la sala, da muerte á su hijo por irritar á Atila, inmola después á su hermano, para obtener de Agen los tesoros confiados á su custodia, y en fin, se arroja sobre el mismo Agen y le degüella; después ella es muerta á su vez por un anciano. Es una serie de asesinatos, sin que se encuentren para consuelo algunas ideas inspiradas por sentimientos humanos.

Este poema ofrece, como se ve, dos grupos de tradiciones, cuyo lazo es una mujer. Aparece desde el principio para no abandonar la escena, desde el momento en que se presenta en su virginal inocencia, hasta el en que espira en la feroz exaltación de una sangrienta agonía. Crimilda, que eclipsa á los demás héroes, es el carácter de mujer mejor delineado que presentan las epopeyas, y con la Beatriz del Dante anuncia una era nueva.

Se ignora el autor de los Niebelungos y la época en que fueron compuestos. Los manuscritos manifiestan ser del principio del siglo XIII, y, por consecuencia, anteriores á Dante. Pero discuerdan atribuyéndolos á alguno de los minnesingers más célebres como Conrado de Wurtzburgo, Wolfram de Eschenbach, Klingsoer; otros con más probabilidad, á Enrique de Ofterdingen, que tuvo mucha reputación en su tiempo, y de quien no se conoce otra cosa (36); otros los creen formados de una reunión de episodios, como se ha dicho de la Iliada. Es verdad que se distinguen dos diferentes acciones, el asesinato de Sigfrido y el castigo de sus

lante una nueva edición del texto latino en la colección *Latéinische Gedichte des X und XI Jh* (Gottinga, 1838). Este poema pertenece al ciclo de Atila, y es versión ó imitación de un canto anterior á los *Niebelungos*, que aluden á él más de una vez. Quizá es un episodio de un poema más extenso, visto que sólo se trata de una acción de este héroe, á saber, la fuga de Walter del país de Atila, y su combate contra dos guerreros del rey borgoñon Guntaro, que quiere robarle el tesoro de los francos. La mayor parte de los personajes están nombrados no solamente en los *Niebelungos*, sino también en los cantos escandinavos y en los poemas titulados *Gutrum, Otuit, Der grosse und der kleiner Rosengarten, die Rabenschlacht, die Klage, Bitterhof und Diellieb Dieterichs-Fluchst*, etc.

(36) Pueden consultarse las pruebas en su apoyo en *Heinrich von Ofterdingen und des Niebelungenlied*, von ANT RITTER VON SPAUN.

asesinos, así como también reminiscencias de diferentes épocas. Atila figura allí con el marqués Rudiger y con Pilgrim, obispo de Passau en el siglo X; se habla también en él de Viena, edificada solamente en 1151: las frecuentes repeticiones, la variedad de estilo y de lenguaje que se puede reconocer en ellos con más certidumbre que en Homero, favorecen esta opinión (37). El fondo de los Niebelungos está sacado del Edda, pero al paso que en ésta el motor principal es el amor á la familia y la obligación de vengarse de sus inmolados padres, en aquéllos es el afecto conyugal, superior al sentimiento doméstico. La ferocidad pagana, que es el fundamento, está templada por algunos toques de sentimientos más modernos. Los héroes borgoñones, cuando atacan á Atila en el palacio incendiado, se sienten devorados por la sed, y el feroz Agen exclama: *Si tienes sed, bebe sangre*. Bebe, en efecto, la de un cadáver aun caliente, y la encuentra deliciosa. Todo es caballescoco, por el contrario, en el hecho de Rudiger, que, obligado por lealtad á combatir á los Niebelungos, á quienes ama, derrama lágrimas, y que viendo á su enemigo Agen sin escudo, le da el suyo. «¡De qué buena voluntad te daría mi escudo si me atreviese á ofrecértelo delante de Crimilda! No importa, tómale, Agen, y llévale en tu brazo. ¡Ah! ojalá le lleses hasta tus hogares, hasta el país de los borgoñones!»

Este poema permaneció ignorado hasta el momento en que en el siglo pasado, el deseo de regenerar la literatura alemana, viciada por la imitación francesa, inspiró al zuizo Bodmer el pensamiento de exhumar una de sus partes (1757), á la cual se prestó poca atención. Pero cuando veinte y cinco años después, C. H. Müller publicó lo demás, los sabios se dedicaron á estudiarla con cuidado (38). Fué comentada, traducida al alemán moderno, puesto al nivel de las epopeyas de Homero, y superior también por los caracteres de un acabado más moderno; pero aunque estos caracteres sean siempre grandiosos y verdaderos, excepto el de Atila, no son siempre constantes consigo mismos. Sería por otro lado una locura buscar allí la delicadeza virginal del arte griego; la lengua que aun no estaba pulida, le arrebató el poderoso encanto que solo puede perpetuar la epopeya.

(37) LACHMANN, *Ueber die ursprüngliche Gestalt des Gedichts von der Niebelungen* (Berlin, 1816), y *Aufmerkungen zu der Niebelungen* (1836), ha determinado la época de cada trozo, las interrupciones é interpolaciones.

(38) La edición mas correcta es la de Carlos Lachmann, titulada: *Der Niebelungen Noth, mit der Klage; in der ältesten Gestalt mit den Abweichungen der gemainen Lesart*. En lugar de *Necesidad (Noth)* de los *Niebelungos*: se titula también *Canto (Lied)* ó *Tesoro (Host)* de los *Niebelungos*. La *Klage* ó lamentación es otro poema de mérito, en armonía con la segunda parte de los *Niebelungos*. Berlin, 1826.

Es no obstante bueno que la indiferencia de nuestro siglo haya al menos apreciado con imparcialidad las producciones que no tenían, para recomendarse, nombres ni idiomas clásicos. Aunque á veces la crítica moderna, sutil por saciedad y despecho, haya concedido con mucha complacencia su admiración á algunos restos de la Edad Media, cuyo mérito consistía en ser enteramente diferentes de lo que se ensalzaba en otros tiempos, no se puede negar que el *Edda* y los *Nibelungos* llevan tanta ventaja á todas las composiciones contemporáneas del Mediodía, como las que llevan los trovadores á los troveros del Norte. Si los meridionales se adhieren á la forma, y la admiran hasta con detrimento de la originalidad, ésta, por el contrario, es la que constituye el principal mérito de la literatura septentrional, cuyos críticos elevan hasta las nubes todo lo que manifiesta genio y grandeza en el pensamiento.

En punto á lo maravilloso, se encuentran mezcladas en estos antiguos poemas todas las tradiciones y todas las supersticiones de los tiempos, los enanos, los gnomas, los dragones, los magos; las normas urdiendo los destinos de los guerreros con los hilos teñidos de sangre, las ondinas viviendo en el agua y casándose con los mortales. Hay también de estos poemas, el *Laurin*, por ejemplo, en el que lo maravilloso forma la principal acción. Dietlieb y Similda habían tenido por padre á Bitterhoff, rey de Estiria. Habiendo ido un día la joven princesa á solazarse en una pradera con una brillante comitiva, Laurin, rey de los enanos, la vió, se enamoró de ella, y la arrebató. Después de haberla buscado en vano, Dietlieb fué á encontrar al viejo duque Hildebrando, y ambos con una comitiva numerosa, parten para Verona, residencia de Teodorico. En el camino oye Hildebrando hablar de Laurin, rey del Tirol, y de una princesa de gran belleza que ha sabido conquistar. La curiosidad le impulsa á dirigirse á esta parte con sus compañeros. Encuentran un jardín esmaltado de rosas, rodeado de un hilo casi imperceptible; pero mientras Dietlieb le contempla con delicia, uno de los caballeros de su comitiva destroza este encantador parterre á cuchilladas, y rompe las puertas de oro del parque de Laurin. De repente el rey se presenta con gran pompa, armado de punta en blanco en un magnífico corcel; y para reparación del insulto exige la mano izquierda y el pié derecho de temerario. Furioso éste, empeña el combate con el rey: pero sucumbe y se ve cargado de cadenas. Entonces Dietlieb desafía á Laurin, y secundado por los suyos y por Teodorico, consigue vencerle. Pero en el momento en que va á darle el golpe mortal, Laurin le pide merced, y le dice que tiene á su hermana en su poder. Síguese una reconciliación entre ellos, y Laurin los convida á visitar su palacio subterráneo. Pasan antes por el castillo de su sobrino, donde son acogidos con el alegre canto de multitud de pájaros, al que se mezclan el sonido de las

arpas y de las zampoñas. Al día siguiente, recibe Laurin á sus huéspedes en su palacio, en que Similda se ofrece á su vista, pero protesta que no consentirá nunca en casarse con el rey de los enanos. Indignado Laurin, les da un narcótico, y cuando están dormidos, los hace trasladar por un gigante á una bóveda oscura, donde quedan colgados de un travesaño de hierro. Al despertarse Teodorico, se apodera de él tal furor, que el ardor de su aliento hace derretir las cadenas que le sujetan. Libertado de esta manera de sus prisioneros, desata á sus compañeros. Similda, por su parte, proporciona á su hermano la libertad dándole un anillo que centuplica sus fuerzas, y con cuya ayuda saca á sus compañeros de su calabozo; después otro anillo le pone en disposición de destruir el encanto que hace que Laurin sea invisible. Entonces se empeña una nueva lucha en la que Laurin sucumbe, y es condenado á hacer en las plazas el oficio de titiritero.

Gudruna.—Los que quisieron comparar los *Nibelungos* á la *Iliada* encontraron una semejanza á la *Odisea* en la *Gudruna*, cuyo asunto es el siguiente: Agen, hijo de Sigebando y de Uta, fué arrebatado de su cuna por una águila que le depositó en su nido. Vuelto por milagro á sus padres, se casa con Hilda, princesa de las Indias, de quien tiene una hija que es sorprendida y robada por Ettl de Hegelinga. Parte Agen para recuperarla; pero se avienen en que Ettl se case con aquella que robó, la que le hace padre de Gudruna. A la fama de su belleza es pedida Gudruna por varios reyes, y á todos se les niega; en fin, Erwig, rey de Zelandia, obtiene su mano. Pero Artmuth, rey de Normandia, da muerte á Ettl, y se lleva á Gudruna prisionera; á su negativa de unirse á él, es condenada por la madre del rey á lavar en las aguas del mar con el mayor frío, la ropa blanca del palacio. Entre tanto la madre de Gudruna arma una escuadra para libertarla: y un día en que la princesa está ocupada en su penosa tarea, un pajarillo le predice su pronta libertad. Al día siguiente, estando aun ocupada en trabajar, ve acercarse una barca, desde la que le preguntan noticias de la princesa Gudruna. No tarda en reconocer á su amante y á su hermano Ortwin, y se precipita en sus brazos. Pero éstos no queriendo llevarla sin sus compañeras prisioneras, se separaron. Entonces Gudruna se indigna del vil oficio á que se le ha sujetado; no quiere desempeñarlo más y arroja la ropa al mar. En su consecuencia es condenada por la reina á ser apaleada, y á permanecer con la ropa helada sobre el cuerpo. Para salir de este paso finge, en fin, ceder á los deseos de Artmuth, y se adorna con ricos trajes; pero durante la noche anuncia á sus compañeras que el fin de su cautiverio se acerca. En efecto, al día siguiente la ciudad es atacada y tomada, los enemigos son pasados á cuchillo y todos quedaron contentos.

Estas invenciones no dejan de tener cierto aire

de semejanza con las *Mil y una noches*, así como con el *Libro de los reyes*; fraternidad de tradiciones que podría hacer creer en la de la sangre. Otros cantos feroces y supersticiosos han sido sacados de las mismas fuentes, como restos de la antigua idolatría refugiada en la poesía. Multitud de creencias existen en aquel país con motivo de las potestades misteriosas, mediadoras entre el cielo y la tierra, ó entre la tierra y el infierno. El Alp, que los franceses llaman Cauchemar (39), y que los italianos designan con la palabra clásica incubo, hace aun temblar á las mujeres de espanto; los montañeses refieren cien cuentos en los que desempeñan un papel los hombres grises y los enanos de la montaña (*Graumännchen*, *Borgmännchen*), seres que viven tan pronto en las cavernas, como en los palacios, en el fondo de las minas de oro, á modo de reyes y reinas, todos enanos. Son ricos y enriquecen á aquellos de quienes han recibido algún servicio; porque á veces tienen necesidad de la mano de los hombres, ya para los partos de sus reinas, ya para trasladar los tesoros reales. El mayor mal que hacen es sustituir á los recién nacidos sus propios hijos, á fin de que éstos tengan parte en los frutos de la redención. Las madres velan, pues, con gran cuidado sobre sus criaturas en tanto que no reciben el bautismo; á veces acontece, sin embargo, que el mal genio consigue ponerles uno falso (*Wechselbag*), que permanece siempre endeble y hambriento, aniquilando á todas las nodrizas que se le destinan.

Después de la caída de los Staufen, Rodolfo de Habsburgo no hizo caso de los versos ni de los que los hacían; los minnesingers se extinguieron, y la poesía despreciada por las cortes se refugió entre el vulgo; entonces surgieron los *meistersingers* ó maestros de canto, artificiosos y extravagantes.

Ingleses.—La invasión francesa ingertó en Inglaterra un vástago de civilización romana en el tronco septentrional; así las formas de los trovadores ó cantores provenzales y las de los cantores del Norte se encuentran en este lenguaje mixto, á pesar de toda la resistencia que el instinto nacional opuso á la larga y poderosa dominación de un idioma extranjero. La literatura de los vencedores y de los que solicitaban su favor era francesa; los vencidos murmuraban sus quejas en voz baja; y no pudiendo esparcirse de otra manera, celebraban la gloria de los santos nacionales, los milagros que protegían los conventos, refugio y consuelo de los oprimidos. Sólo después de Ricardo Corazón de León, es cuando empieza á figurar Alejandro Magno en los romances; otros escritores

(39) Alp procede de *elf*, y se acerca á *alphito*, nombre del fantasma blanco con que las nodrizas griegas meten miedo á los niños. Cauchemar, procede de *marra*, nombre que le dan los escandinavos, y de donde se deriva también el *nightmare* de los ingleses. Los del país de Gales dicen *gyll*, y los irlandeses *phuka*. Véase un artículo del *North American Review*, atribuido al profesor Ticknor.

tomaron por asunto de sus relatos las hazañas de Héctor, de Jason, de Roldan, ó renovaron el recuerdo de Arturo, de Merlin, de Lancelote. El mismo Ricardo fué asunto de una epopeya, aunque en ella aparece disfrazado á la oriental. En general, los romances ingleses tienen algo más serio y práctico, en armonía con el carácter de aquel pueblo, que llegó á la libertad por sutilezas. No tributan alabanzas á los poderosos, dirigen, por el contrario, dardos envenenados contra los reyes y frailes, y algunas veces sacan de las maravillosas aventuras conocimientos atrevidos.

Al mismo tiempo los proscritos, que ejercían el robo en los caminos y en los montes en que la caza estaba prohibida, tenían sus canciones particulares. Ladrones por oposición al gobierno, como los bandidos en Italia en ciertas épocas, desafiaban las leyes y protegían los que las violaban. Robin Hood fué su tipo ideal. No se encontrará en los romances que le celebran ni la imaginación caballeresca de los cantores del Norte, ni la galantería de los trovadores, ni la malicia artística de los maestros alemanes, sino la libre audacia del montañés, y la frescura de los lugares donde vaga intrépido, afrontando el peligro y burlándose de los guarda-bosques.

Musulmanes.—Entre los musulmanes mencionaremos al gran poeta persa Anveri: estudiaba privado de lo necesario en la academia Mansurieh en Tous, cuando vió pasar la comitiva de Sangiar, sultan Seljúcida de Persia, y en sus filas un personaje en suntuoso tren. Al saber que era el poeta de la corte, ¡Vive Dios! exclamó, ¡la ciencia obtiene tan elevado lugar, y yo permanezco miserable! Por la gloria de Dios desde este día me hago poeta. Al momento dirigió una canción al sultan, que habiéndola encontrado buena, le envió á llamar y le preguntó lo que podía hacer por él. Anveri le dió esta respuesta improvisada: «No tengo otro asilo que el umbral de tu palacio; el único refugio que ambiciono es el vestíbulo de tu poder.» Obtuvo regalos, empleos en la corte, y su reputación fué tal, que se decía en todas partes como proverbio: «Aunque Mahoma diga: Ningun profeta habrá después de mí, existen tres poetas que son profetas (hombres inspirados): en la epopeya Ferdusi; en la gacela Saadi; en las casidas Anveri.» Pero estas últimas son tan difíciles de comprender, que exigen largos comentarios hasta para sus mismos compatriotas. Tuvo propensión particular á la sátira, y resultaron para él las consecuencias de costumbre, la enemistad ajena y su propio arrepentimiento. Tenía la pretensión de ser muy sabio en astronomía: ahora bien, la conjunción de los siete planetas debía efectuarse en la constelación de Libra; predijo que este día los vientos se desencadenarían en tan impetuosos torbellinos, que los árboles serían arrancados de raíz, las casas derribadas y las ciudades destruidas. Todo el reino quedó sumergido en la consternación, y cada cual se preparaba un asilo en las cuevas y grutas. Pero el día

fijado, la atmósfera estuvo tan tranquila como nunca se había visto, hasta el punto de que por la tarde, el viento no apagaba una luz en la mano del muezin subido en lo alto de un minarete, y no sopló en todo el año lo suficiente para aventar el trigo. El malhadado profeta fué blanco de las burlas; y para salir del paso compuso una casida que empezaba de esta manera: «¡Ahl ¡Ahl ¡musulmanes, cuán engañoso es el cielo! ¡Perezca la hipocresía de Mercurio, la tiranía de la Luna, y la perfidia de Júpiter!» ¡Tan propio es de la naturaleza del hombre en general, obstinarse en no querer reconocer sus faltas!

Saadi fué también persa (1175-1291). Nació en Schiraz, capital del Farsistan; y «arrojado de su patria por la crueldad de los turcos, viendo el universo desmelenado como la cabellera de un etiope.... viajó mucho por los diferentes países, viviendo con toda clase de personas; y no hubo ángulo de la tierra de donde dejase de sacar algún provecho, ni miés de la cual no supiese coger una

espiga.» Catorce veces fué en peregrinación á la Meca, recorrió el Asia Menor, la Siria, el Egipto, la Arabia, y emprendió cuatro viajes á la India, en cuya lengua escribió poesías. «Cansado de la compañía de mis amigos de Damasco (dice), me retiré al desierto de Jerusalem para buscar la sociedad de los animales; pero los francos me hicieron prisionero y me emplearon en cavar los fosos de Trípoli, en Soria, en unión de algunos judíos. Un antiguo amigo mío, que ocupaba un alto puesto en Alepo, me reconoció al pasar, y me preguntó acerca de mi existencia. Yo le respondí que me había retirado á las montañas y á los desiertos para huir de los hombres, convencido de que sólo en Dios puede tenerse confianza; y que imaginase cuál debía ser mi situación, viéndome obligado á permanecer en la compañía de una banda de seres indignos hasta de llamarse hombres. Mi amigo se compadeció de mi suerte, me rescató y me llevó consigo á Alepo.» Después vió los males que la devoción del musulmán Mahmud acarrea á las pagodas indias.

CAPÍTULO XIV

HISTORIA.—ELOCUENCIA.

Historiadores musulmanas.—Los historiadores, ó por mejor decir, los cronistas árabes, no hacen generalmente más que copiarse unos á otros, sin haber visto, comprendido ú osado decir la verdad. Entre ellos se distingue Mahoma, hijo de Ahmed de Nessa, que escribió las hazañas de Gelaleddin, de quien era secretario y á cuyo lado se encontraba la noche que este príncipe fué acometido y asesinado por los mongoles. Desconsolado de la muerte de su amo y señor, quiso á lo menos conservar su memoria, transmitiendo á la posteridad las cosas de que había sido testigo.

Atta Mulk.—Los vencedores de Gelaleddin hallaron un panegirista en Aladdin-Atta-Mulk, que escribió la historia del conquistador del mundo. Puede dar lecciones á los retóricos europeos de más maestría por el modo con que sabe alabar la mansedumbre de los mongoles y demostrar la utilidad de sus devastaciones. «Acontecen los bienes y los males en este mundo por la voluntad de Dios, cuyos decretos son dictados por una profunda sabiduría y una justicia exacta. Las mayores calamidades, la dispersion de los pueblos, el infortunio de los buenos, el triunfo de los malos, se juzgan necesarios por esa divina Sabiduría, cuyas vías misteriosas superan la capacidad del entendimiento humano. Ahora bien, podemos observar, y todos lo tienen á la vista, como después de seis siglos, las conquistas de un pueblo extranjero han realizado la visión en que fué revelado á nuestro Profeta que su fe tocaría á los confines del Occidente y del Oriente. La Providencia se ha valido de la invasión de un ejército extranjero para exaltar el Coran, y para hacer que resplandezca el sol de la fe en comarcas donde aun no había llegado el perfume del islamismo, donde aun no había encantado los oídos por el sonido del *tekkir* y del *ezzan*. Ahora esas comarcas orientales están ocu-

padadas por multitud de creyentes: unos han sido conducidos en calidad de esclavos á la Transoxiana y al Corasan para servir allí de artesanos y de pastores: otros han sido trasladados á instancias suyas: otros han llegado á traficar desde Occidente y se han establecido en aquellos países, donde han fundado mezquitas y colegios enfrente de los templos de los ídolos. Niños arrebatados á los paganos han sido educados en el islamismo, se han convertido muchos idólatras: muchos príncipes de la familia de Gengis-kan han abrazado nuestra religión, y su ejemplo ha inducido á imitarles á los vasallos y á los guerreros.»

Tan cierto es que todas las cosas humanas tienen dos aspectos. Continúa encomiando la tolerancia religiosa de los mongoles, la exención concedida por ellos á los ministros de todos los cultos y á los bienes eclesiásticos: exhorta á los suyos á que les permanezcan fieles, por haber dicho el Profeta: *Guardaos de provocar á los turcos, pues son temibles.*

Añade, que entre las plagas con que Dios castiga á los humanos, obtuvo Mahoma, que á escepcion de la de la espada, ninguna otra alcanzara á los musulmanes. «Con efecto, dice, sin este castigo sería imposible poner remedio á los desórdenes más graves. El corto número de los buenos sería oprimido por la multitud de los malos; de aquí esa escepcion hecha por la bondad de Dios. Hallándose corrompido á principios del siglo VII el pueblo de Mahoma por la abundancia de los bienes temporales, á fin de castigar su negligencia y de dar un terrible ejemplo para lo venidero y exaltar al propio tiempo la gloria del islamismo, armó Dios el brazo de un vengador; pero no tardó en manifestar su clemencia, á semejanza de un buen médico que emplea remedios en conformidad con el temperamento del enfermo.»